



# ¡Qué bonito es no hacer nada y después ponerse a descansar!

*Enrique Aguilar R.*

PARA HABLAR DEL OCIO SE NECESITA ACUDIR al filósofo que lleva uno dentro. Sí, porque respecto del arte de —como se dice de manera muy común, vulgar y no exenta de precisión— “echar la flojera” es preciso tener claras las categorías, las cuales, para empezar, hasta al diccionario se le confunden.

Por ejemplo: la primera palabra que aparece en el diccionario asociada con este tema es “ociar”, verbo intransitivo que significa “dejar el trabajo, holgar. Entregarse al ocio”. Hasta aquí no hay problema. Ese verbo tiene representaciones claras en la historia de cada uno como la de “estar de vaquetón”, “andar de flojo”, dedicarse a ser “un vago sin oficio ni beneficio”, frases con las que alguien de la familia lo conminaba a uno o a alguien cercano a ponerse a hacer algo “de provecho”, de lo cual no se especificaba el destinatario, porque podría ser “de provecho” para uno mismo, para quien lo decía, para la familia, la ciudad, el país, la nación, el continente, el mundo o el universo. El caso era dejar de “no hacer nada” y ponerse a “hacer algo”. Y ante eso, nada más daban ganas de contestar. “¡uy, no, qué flojera!”.

Al ocio, para seguir con las precisiones o las confusiones, lo define el mentado diccionario como “descanso”, y en eso no hay problema, porque cualquiera sabe lo que es estar tirado en la hamaca, aplastarse encima de una colchoneta en el jardín o tirarse sobre un camastro y debajo de una

gran sombrilla a la orilla del mar. La incongruencia surge en seguida cuando el “tumbaburros” también define esta palabra como “inacción”, porque en estricto sentido al hallarse acurrucado en medio de dos árboles lo suficientemente fuertes —o tirado en el jardín o en la playa—, uno no está *inactivo*, sino pensando en la envidia que le debe estar dando a los vecinos que te ven con disimulo desde las ventanas, leyendo sabrosamente esa novela sensacional, o emocionado ante la inmensidad del mar, disfrutando del panorama y de vez en cuando echándole un ojo al propio destino, armando planes y viendo lo bonita que a veces es la humanidad con poca grasa y ropa.

Lo anterior tiene que ver con la siguiente definición: “Entretenimiento: distracción del espíritu”. Pero está asociada con lo que sigue: “obras de ingenio formadas en los ratos que dejan libres otras tareas: *ocios poéticos*”. Las cursivas son del Larousse y de seguro los autores de ese tabique tenían en mente al gran bardo Avelino Pilongano, el poeta hijo de doña Gamucita, ambos personajes de *La familia Burrón*, y todo porque ese vate se la pasaba echadote componiendo rimas y versos, mientras su jefecita se partía el lomo lavando ropa ajena.

Ahora, decir que el quehacer poético es algo para el tiempo que sobra es desconocer que la poesía para muchos se ha vuelto no un entretenimiento, sino toda una profesión en la que, como decía el malogrado Guillermo Fernández, avanzan a paso veloz, pergeñando primero unos renglones cortos, que no versos, en seguida ganan un premio mediante el beneplácito de sus amigos que fueron los jurados del concurso, luego lo publican y, a partir de lo anterior, consiguen trabajo de promotores culturales, si no es que de funcionarios, y todo eso con la rapidez que las larvas se vuelven sapos. ¿Ocio poético? Para nada: artificio, oficio, beneficio.

Por otra parte, y en sentido contrario a lo anterior, es preciso decir que en la realidad sí hay verdaderos poetas, y que esos para nada se la pasan en la holganza, porque entre ellos ya saben que lo mejor para la inspiración es que “la musa los encuentre trabajando”, empeñados en recibir el dictado y por tanto con la pluma o el teclado entre las manos, atentos a bajar al papel las sensaciones, reflexiones y emociones que les produce la vida y sus encantos, o sus desastres, o simplemente el transcurrir de las horas y los días. Y eso sí implica trabajo, lo cual contradice la definición del adverbio “ociosamente”, que es “de un modo ocioso, inútil. Sin ocupación,



Fotografías: Alejandro Arteaga

sin necesidad”. Porque, si seguimos por la senda de la poesía, estas definiciones y sinónimos tampoco son pertinentes, como lo puede corroborar quien en varios poemas ha encontrado desde la traducción de sus estados de ánimo o sentimientos, hasta la forma de decirle a la bien amada lo que ella nos provoca, lo cual de ninguna manera y bajo ninguna forma puede ser catalogado como “inútil”.

Por otra parte, hay que decir que en una sociedad en la que se idolatra al trabajo —aunque muchas veces no exista o no se encuentre, o se carezca de él por falta de influencias, servilismo o lambisconería—, para declararse, como lo hacía el escritor Juan de la Cabada, abiertamente “vago” hace falta valor y convicción. Juanito declaraba muy sonriente y —haciéndole honor

a su origen geográfico— campechano que él pertenecía a la empresa “Vagones de México”, pero en realidad él, como la mayoría en este país, no se la pasaba en el ocio, sino que escribía cuentos, hacía guiones, publicaba artículos periodísticos y participaba en política —fue si no uno de los fundadores, sí uno de los primeros militantes del legendario Partido Comunista— siempre con buen humor, y encontrándole inclusive el lado chusco a las tragedias. Así, contaba alguna vez que a él y a otros disidentes políticos los habían sentenciado a ser recluidos en las islas Marías. A los guardias que los custodiaban en un descuido se les habían escapado unos sentenciados, y, “para no entregar en el barco al grupo incompleto —decía—, el jefe le dijo a sus ayudantes, tráiganse unos limones, acompleten el grupo con unos limones. Y los guaruras fueron y se trajeron de los portales a los limones que les hacían falta, y los embarcaron juntos con nosotros a las islas Marías. Los limones, eran los limosneros.”

La definición de ociosidad es la de “vicio de no trabajar” y a esa también la contradice la realidad, porque como bien lo afirma una amiga extranjera: “aquí hasta los limosneros —los limones, diría Juanito de la Cabada— trabajan, porque con el calor que hace por estos rumbos hasta levantar la mano para pedir dinero o un taco es trabajo”. 

